

orador brillante, nada de apasionado tribuno, de aquellos que habían desempeñado hasta entonces los primeros papeles en la Revolución, nada que le asemeje á un jefe militar, tal como habían sido los Dumouriez y los Custine; simple capitán de ingenieros, de unos cuarenta años de edad, su porte es modesto, más burgués que militar su aspecto, por todo extremo metódicas y sencillas sus costumbres; pero bajo estas humildes apariencias, oculta un gran genio militar y un entendimiento profundamente versado en las matemáticas y en el arte de las fortificaciones. En la Asamblea, á donde le llevaron sus convicciones republicanas, sintióse inclinado por la moderación de su espíritu, hacia los girondinos; mas observó que en la Montaña era donde estaban los hombres de acción. Ya vimos que ingresó en el Comité de Salvación Pública juntamente con Prieur, tomando por su cuenta la dirección general de la guerra, y dejando á cargo de su compañero lo concerniente á la organización del material y á la administración. Y sólo en la guerra se ocupó; sólo á la guerra consagró sus extraordinarias facultades, sin intervenir en ningún asunto del gobierno interior, no cabiéndole, en lo que hicieran los terroristas Robespierre y Saint-Jus., otra responsabilidad que la de la firma. Lo primero que había que hacer era ejecutar el decreto de la leva en masa, y esto se hizo con orden admirable, gracias en buena parte á la energía que desplegaron los representantes comisionados. Cuerpos de reclutas salían de todas las poblaciones, y para dotarles de oficiales, se fundó en la llanura de Sablons la *Escuela de Marte*, donde se instruía sin descanso á los jóvenes suboficiales y soldados que se hubiesen señalado por su denuedo é inteligencia. «La Revolución, decía Barere, debe llevarlo todo al compás de las necesidades; la Revolución es al espíritu humano lo que el sol de Africa á la vegetación.» Cuatrocientos cincuenta mil hombres proporcionó la primera recluta, y á ésta siguieron otras, á medida que nuevos ejércitos partían para la frontera. A fines del año mil setecientos noventa y tres, había sobre las armas seiscientos cuarenta y dos mil hombres, el cual número aumentó rápidamente, con la ventaja de ser los reclutas muy superiores á los voluntarios por sentirse responsables de la salvación de la patria.

Pero un ejército no se improvisa: el patriotismo y el entusiasmo no bastan; son menester la organización y el ejercicio. Voluntarios y reclutas eran tropas sin cuadros, al paso que el ejército de línea, no obstante la emigración de los oficiales nobles, era un conjunto de cuadros sin tropas. La fusión de las antiguas y de las nuevas armas se imponía; varios generales la habían pedido; Dubois Crancé la decreta con el nombre de amalgama el veintitrés de Febrero del noventa y tres; pero no se aplicó sino parcialmente, hasta que por el decreto de ocho de Enero del noventa y cuatro fué declarada obligatoria y extendida á todo el ejército. En su virtud, á cada batallón de antiguas tropas se le asociaron dos de conscriptos, formando los tres una semibrigada, nombre que reemplaza al de regimiento y que será en adelante la unidad táctica por excelencia. Los batallones son de

mil sesenta y siete plazas, y se dividen en nueve compañías, una de granaderos y ocho de fusileros. Cuenta la infantería ciento noventa y ocho semibrigadas de línea y veintidos semibrigadas ligeras, con mil ciento setenta y seis piezas de campaña; la caballería, veintisiete regimientos de carabineros y coraceros y cincuenta y nueve ligeros, sumando en conjunto noventa mil caballos. Reconstituyense también la artillería y la ingeniería, compuesta aquélla de quince mil hombres y de cinco mil trescientos la segunda. A principios del año noventa y cuatro, todas las armas componían un efectivo de ochocientos cincuenta mil hombres. Por decreto de doce de Agosto del noventa y tres se abolió, bajo pena de muerte, el antiguo uniforme blanco, reemplazándolo por el uniforme azul del ochenta y nueve y de la guardia nacional, que había de ser en breve tan glorioso y popular. La reorganización alcanzó al mismo mando militar, sometido antes á la elección sin cortapisa de los oficiales y que ahora reguló la ley de veinticinco de Febrero del noventa y tres, estableciendo que no podría obtener grado alguno, desde el de caporal al de general, el que no supiese leer y escribir, y que la tercera parte de las vacantes se proveería por antigüedad, la segunda tercera parte por designación del ministro y el otro tercio por elección de los oficiales. A los generales los nombraba la Convención, y parte por la necesidad de cubrir las bajas que la desertión ó la traición causaban, parte por la costumbre de separar del mando á los jefes desgraciados, cuando no se les enviaba al cadalso, como se hizo con Biron, Beauharnais, Custine, Houchard y otros, el número de generales que la Convención nombró fué enorme, de quinientos noventa y tres nada menos en año y medio, de fines del noventa y uno á Julio del noventa y tres. Con esto, los oficiales afortunados subían como flor de maravilla, en pocas semanas obtenían varios ascensos, llegando algunos al generalato en edad muy temprana. Hoche, Marceau, Desaix, Bonaparte, Launes, Davout, fueron generales ó comandantes de ejército antes de los treinta años. Pero sabían aquellos oficiales que, solicitando ó aceptando los supremos honores, pactaban con la victoria ó con la muerte. Podrá tacharse este sistema de injusto y de cruel; pero fuerza es reconocer que, removiendo del mando á los incapaces y dejando abiertas las escalas al valor y al talento, es el más eficaz para encadenar á la victoria.

¿Mas dónde estaba el material para armar contingentes tan enormes? Aquí fué donde rayó en prodigio la actividad de la Francia republicana. Todas las energías fueron puestas en acción; todos los recursos, aprovechados; empleados, todos los procedimientos de la ciencia. El entusiasmo prestó alas al pensamiento, que descubrió más rápidos medios de satisfacer tan apremiantes necesidades. Fourcroy halló procedimientos nuevos para fundir el acero, para acelerar la fabricación de sables y bayonetas; Berthollet descubrió que se puede obtener salitre lavando las paredes húmedas, y abriéronse cursos revolucionarios para enseñar la nueva manera de extraer y refinar el salitre, de fabricar el acero y el bronce. Se fundieron las campanas para hacer cañones. «Los sótanos de París, dicen los

periódicos del tiempo, proveyeron á la República del arma con que vencer á los tiranos, y en todas partes, del mismo modo que en París, se aplicaban las familias á lavar las paredes húmedas y la tierra de los sótanos y establos para extraer el salitre, conforme á la instrucción que Prieur envió á todos los ayuntamientos y que se puso bajo el árbol de la Libertad, para que todos pudiesen leerla. Los sabios más eminentes, Monge y Guytón de Morveau entre ellos, se pusieron á disposición de Prieur para dirigir la fabricación de armas y de pólvora; y en París se establecieron doscientas cincuenta y ocho fraguas y quince herrerías, que daban mil fusiles por día; y cuatro grandes fraguas organizó en Ardennes Clouet, profesor de Química en la escuela de Mézières; y las fundiciones de cañones echaron en un año á la calle siete mil piezas de bronce y trece mil de hierro fundido; y la polvorería de Grenoble fabricaba diariamente treinta mil libras de pólvora. Toda la vida nacional se paralizó; todas las fuerzas se consagraron á la defensa de la patria. Mas esto no bastaba; capítulo importantísimo era el de los víveres, conforme á la frase de Dumouriez: «Tengo la parte de las subsistencias por tan esencial á un general como la parte militar.» A esto proveyó Lindet por una serie de acertadas medidas, que regularon el suministro de provisiones, sin arruinar, á fuerza de exacciones, á los países ocupados, como se había hecho hasta entonces. Por decreto de doce de Febrero del noventa y cuatro, hizo conferir exclusivamente á la Comisión de subsistencias el derecho de proveer; y esta Comisión mandó que se llevasen los granos de distrito en distrito, divergiendo del centro hacia los ejércitos, y redujo á un trayecto que no llegase á diez leguas la obligación de acarrearlos impuesta á los labradores. Comprendiendo que la coacción en este particular era peligrosa, se abstuvo de emplearla; apeló á la persuasión, llamando á París á los representantes de los municipios contrarios al sistema y haciéndoles comprender que solamente esta combinación podía asegurar la salvación de la patria. Todos aceptaron, y con ello, los ejércitos recibieron los víveres con más regularidad y los países ocupados por las tropas ya no fueron devastados.

¡Qué curiosas analogías ofrece la Historia! En Esparta, el Consejo de los éforos, de ministros casi pudiéramos decir en el lenguaje de hoy, electivo, centro del gobierno y de carácter popular, designaba, cuando los reyes salían á campaña, á dos de los suyos para que los acompañasen, vigilasen y diesen instrucciones; en Cartago, el Senado, electivo, centro del gobierno y de carácter popular también, nombraba de su seno, para que fuesen con los generales á la guerra, una comisión investida de amplios poderes para tratar todos los asuntos de Estado y contraer alianzas; en la Francia republicana, la Convención, igualmente electiva, centro del gobierno y de carácter popular, envía á los ejércitos, á semejanza de Esparta y de Cartago, representantes en comisión, con poderes ilimitados, para vigilar á los generales, velar por la disciplina y comunicar á todos su invencible energía, «la fe que obra milagros.» Seguramente, no desempeñó en estas analogías papel

alguno la imitación; la semejanza de circunstancias únicamente fué la que dió origen, en pueblos tan alejados el uno del otro en el tiempo, á este parecido en las instituciones, siendo de notar que en los tres el órgano inspector es el Supremo del Estado y de carácter popular, más ó menos aristocrático, al paso que el órgano inspeccionado es mero depositario del poder, de la fuerza. Y no será fuera de propósito mencionar al lado de esta analogía de la Francia republicana con Cartago y Esparta, la que ofrecieran los *missi dominici*, instituidos por Carlomagno para visitar los ducados y condados y mantenerlos en la obediencia, con los delegados llamados *ojos y oídos* del rey, que el persa Darío creara para prevenir las rebeliones de los sátrapas y mantener la paz; á lo menos, porque tampoco esta semejanza fué producto de la imitación, que si desempeña función importantísima en la educación de los individuos, su influjo es bastante más limitado en el desarrollo de los pueblos. Consignadas estas relaciones, que tal vez sirvan algún día de base para formular leyes, es indudable que los comisionados de la Convención contribuyeron eficazmente á la resistencia ó á la victoria. Basta recordar á Rewbell y Merlin de Thionville, en Maguncia; á Philippeaux, en Nantes; á Briez y Cochon, en Valenciennes, á los cuales veremos pronto que no cedieron, antes aventajaron, los que ahora se enviaron á los ejércitos del Norte y del Este. Trabajaban sin descanso en mantener vivo el patriotismo; impedían que el soldado se enamorase demasiado de sus jefes y que los jefes se enamorasen demasiado de la gloria; se desvivía porque el soldado estuviese bien atendido; reprimían con mano fuerte la menor falta, castigando á los poderosos más fuertemente que á los humildes; forzaban á los generales á mandar, á los soldados á obedecer, á todos á vencer. Más aún que con las palabras, estimulaban con el ejemplo, practicando con severidad espartana las virtudes que recomendaban á los demás, mayormente la abnegación, y con frecuencia, cuando era menester, también el valor, cargando con denuedo á la cabeza de las tropas, como hizo tantas veces Merlin de Thionville en el sitio de Maguncia. Mas no dejaban de ofrecer peligros, cuya gravedad dependía del carácter individual de cada uno. Políticos antes que militares, si llevaban á los campamentos el patriotismo y la energía de la Convención, llevábanles también el fanatismo y el espíritu de facción que roía las entrañas de aquella Asamblea. Complacientes con los delatores, débiles con la lieonja, apasionados protectores de sus parciales, intransigentes con sus adversarios políticos, propensos siempre á la venganza y á la crueldad, llegaron á crear de vez en cuando los mismos obstáculos que estaban llamados á remover.

Pero á nada hubiesen conducido seguramente esfuerzos tan colosales, si los dos grandes ejércitos enemigos, después de la capitulación de Maguncia y Valenciennes, hubiesen marchado sobre París, como á sus jefes pedían los emigrados. Los españoles en Perpignan y en Bayona; los piemoneses, firmes en Saorgio; Tolón, en poder de la escuadra inglesa; Córcega, entregada á Paoli; la insurrección, pujante en la Vendée y en Lyon, toda

resistencia hubiese sido imposible. Lo que salvó á Francia fué, tanto ó más que su admirable empuje, las divisiones entre las potencias coaligadas, atenta cada una á su particular interés, y lo adocenado de sus generales. Solamente Inglaterra combatía con tesón y con éxito, porque tenía un sentimiento, el amor á la libertad, y perseguía una política bien definida, el señorío del mar y la dominación colonial. Su influjo en el continente era incontrastable: Holanda la seguía á ciegas; de Portugal disponía como de una colonia, y por dinero conseguía los servicios ya de Prusia, ya de Austria, ya de entrambas á dos, cuando podía juntarlas en una acción común contra Francia. Dirigía á la sazón sus destinos un gran estadista, cumplida personificación del genio nacional, William Pitt, el enemigo más acérrimo de la Revolución. Pero Pitt no se formó de la situación un juicio más elevado ni más exacto que sus coligados; imaginóse, como éstos, que la República se disolvería por sí sola en medio de la anarquía y la guerra civil, y bajo el influjo de este prejuicio se inclinó á la inacción, esperando que todo se lo daría hecho el curso de los sucesos. El Austria, agregado de pueblos diversos, era un cuerpo incoherente, perezoso, como aletargado, lo que se reflejaba en sus ejércitos, cuya lentitud proverbial había degenerado en inercia, si útiles para la defensa, sin empuje para el ataque. Pigmeos con pretensiones de gigantes, sus ministros se figuraban dirigir á Europa desde el fondo de sus palacios de Viena, y no eran más que sus juguetes. Es curioso el reparto que de Francia hiciera Cobentzel: para el Austria, la Flandes francesa, el Artois y la Picardía; para el Austria, la Baviera, dándose en cambio al duque de ésta la Alsacia y la Lorena, que los prusianos se encargarían de conquistar; á Prusia se la indemnizaría á expensas de Polonia; Inglaterra se contentaría con Dunquerque. Olvidó Cobentzel, al idear este reparto leonino, que el león no era Austria, eran Inglaterra y Prusia. Por otra parte, patentiza este reparto las buenas intenciones de Austria para con Prusia, la cual la pagaba en la misma moneda. Aliadas eran, pero se acechaban como enemigas y sólo pensaban en la manera de engañarse la una á la otra. Desde el comienzo de la campaña contra Francia, no había cesado Prusia de prestar oído atento á toda proposición de acomodo, al punto que, en el cambio de carteles que efectuaron en Candau el barón de Luxburgo, chambelán de Federico Guillermo II, y Desportes, el cartel del primero decía: «El rey de Prusia á la República francesa,» lo que implicaba el reconocimiento de ésta. Cuando estas negociaciones fracasaron por salirse Dantón del Comité de Salvación Pública en Julio del noventa y tres, sólo para calmar las desconfianzas austriacas y asegurarse sus nuevas adquisiciones en Polonia continuó la guerra el rey de Prusia, pero resuelto á no consentir al Austria agrandar un sólo palmo sus dominios á costa de Francia. Con no menos vigor que Inglaterra, se opuso al proyecto de reparto de Cobentzel, y dispuesta se hallaba á emplear todos sus recursos para que no prevaleciese el de Thugut, que proponía la extensión de los Países Bajos austriacos hasta el Soma. Por débiles ó por apartadas, las demás potencias

hostilizaban á Francia con la pluma más que con la espada. Gracias á la política conciliadora de Dantón, los cantones helvéticos acordaron en la dieta de Frauenfeld, celebrada el primero de Julio del noventa y tres, la neutralidad. El rey piemontés, Víctor Amadeo III, casado su hijo Carlos con la hermana de Luis XVI y sus dos hijas con los dos hermanos del mismo monarca, favoreció siempre á los emigrados, y aunque no dejó de escuchar proposiciones de Dantón, cuando Pitt le hizo concebir esperanzas de adquirir los departamentos franceses hasta el Ródano, prometió invadir la Provenza con veinte mil hombres. No cumplió la palabra, pero su hostilidad fué la que llevó á los ejércitos franceses á la conquista de la Italia del Norte. España emprendió la guerra sólo para vengar la muerte de Luis XVI, y una vez consignada formalmente su protesta, fué de las primoras en abandonar la coalición. En Dinamarca, amigo de los franceses el omnipotente ministro André de Bernstorff, fué rechazada toda idea de guerra contra Francia; Suecia se encerró en una estricta neutralidad, y Rusia, aunque decididamente hostil á la Revolución, cuando se le pedía dinero ú hombres para destruirla, sus embajadores se quedaban mudos.

A proposiciones tan exiguas hallábase reducida la gran coalición, más aparente que real, falta de un objetivo común y de una dirección general y constante. A esta causa de debilidad juntaba la procedente de la incapacidad de sus generales. Escribía un oficial francés después de la pérdida de Tolón: «Si no se puede poner en duda la extremada medianía de nuestros generales, no es menos evidente la incapacidad de los del enemigo; porque sus progresos no están en relación con sus fuerzas ni con la superioridad cualitativa de sus tropas sobre las nuestras. Si fuesen militares no más que de tercera clase, tiempo ha que se hallarían en lo interior de nuestro territorio.» Su principal defecto era la táctica. Formalistas y rutinarios, seguían apegados á las clásicas maniobras que no habían cambiado desde la guerra de los siete años, de desplegar sus tropas en delgados cordones á lo largo de las fronteras, pretendiendo ofender y defenderse á la vez en todos los puntos. Así, el duque de York tenía sus ciento sesenta mil hombres dispersos en dos cuerpos principales, que sitiaban á Dunquerque y á Quesnoy, y en varios pequeños destacamentos entre el mar y el Mosela; y el otro gran ejército, de ciento veinte mil hombres, hallábase diseminado casi de la misma manera entre el Mosela y el Rhin. Carnot comprendió é hizo comprender al Comité de Salvación Pública, que á esta estrategia de generales adocenados era menester oponer un procedimiento enteramente contrario, el procedimiento que habían empleado ya los grandes capitanes de la antigüedad y recientemente Federico II, consistente en obrar por grandes masas, concentrar sobre un punto capital, decisivo, fuerzas superiores, irresistibles, arrolladoras, sin preocuparse en lo demás; prescindir de la defensiva, tomar resueltamente la ofensiva, preluir el ataque por nutrido cañoneo, cargar á la bayoneta á los acentos de la Marsellesa, aturdir al ene-